



Se trata de la reedición de la traducción de *Los espectros* publicada en vez primera en 1919, en Colección Universal, Madrid, en traducción directa del ruso por N. Tasin. Años más tarde fue reeditada en Colección Austral en Buenos Aires, Espasa-Calpe en 1951 (primera edición) y en 1952 (segunda edición). Este volumen incluía *Los espectros*, que daba título a todo el libro, la tragedia *El honor*, *Cristianos*, *Ben-Tovit*, *Un hombre original*, *¡No hay perdón!* y una obra de teatro titulada *Las bellas sabinas*, todo traducido por Nicolás Tasin. Por lo tanto, nos hayamos ante una traducción realizada hace casi un siglo, que la editorial barcelonesa Acontilado, sin previa revisión, pone ahora al alcance de los lectores.

El relato breve de Leonid Andréiev *Los espectros*, escrito en 1904, trata de la vida de los habitantes de un manicomio, que sirve de escenario al experimento del autor sobre las proximidades de la locura y la delgada línea que separa a ésta de la cordura. Como siempre en la narrativa de Andréiev, aquí también todo es ambivalente. A través de una galería de personajes (el doctor She-

LOS ESPECTROS

Leonid Andréiev

Traducción del ruso de Nicolás Tasin
Barcelona, Acontilado, 2008, 72 pp.

vyríov, la enfermera María Astáfievna, los pacientes Yegor Timoféyevich Pomerántsev, Petrov y el demente que golpea las puertas), nos adentramos en la psicología humana con sus estados patológicos de enfermo mental o sus turbios arrebatos y enajenaciones temporales de gente aparentemente normal. Al igual que en *Relato sobre los siete ahorcados*, en *Los espectros* los protagonistas tanto dentro como fuera del manicomio pierden su libertad interior y por lo tanto se asemejan a muñecos: “[...] los enfermos, como *muñecos mecánicos a los que se hubiera dado cuerda a la vez*, empezaban a recorrer nerviosamente sus habitaciones, agitando los brazos y diciendo cosas estúpidas e ininteligibles” (p. 8, la cursiva es nuestra – *M. Sh.*). El intento de abrir todas las puertas cerradas de la clínica, que lleva a cabo el demente que a lo largo del relato golpea las puertas, se frustra y los protagonistas se quedan encerrados en sus propios miedos y soledades. El muro, tanto físico como mental, es uno de los símbolos más recurrentes de la obra andreieviana (basta recordar, por ejemplo, los relatos *El muro* o *La maldición de la fiera*). Aunque los contemporáneos y los críticos literarios consideraban este relato lleno de un pesimismo inabarcable y de un humor oscuro, para el mismo Andréiev era, en primer lugar, una historia cómica, llena de situaciones cotidia-

nas llevadas hasta el extremo.

La traducción corre a cargo de Nicolás Tasin, un experimentado traductor de la narrativa rusa¹. Sin embargo, a primera vista, se hace evidente que se trata de una traducción muy aproximada y muy poco satisfactoria, repleta de errores y fallos –consecuencia del poco conocimiento de la cultura rusa y de la poca atención prestada al texto traducido–. Examinaremos algunos de ellos. El traductor no respeta la división original en párrafos, omite frases, párrafos enteros (por ejemplo, el inicio de la tercera parte), omite las ricas y complejas descripciones del autor y, sin embargo, muy a menudo se deja llevar por la imaginación e inventa cosas que no figuran en el texto original. El traductor tampoco respeta los criterios internacionales de transcripción del ruso al español². De acuerdo con estos criterios, el apellido del doctor Sheviriov tiene que escribirse **Shevyriov**; el nombre del hospital, mencionado en el texto, se transcribe hospital de **Dégterev** (en ruso Дегтеревская больница). No obstante, en la traducción, encontramos un irreconocible e ilegible **Detegzev** (p. 23);

El traductor a lo largo del texto cambia el tratamiento del personaje principal Yegor Timoféyevich por su apellido Pomerántsev. En la pág. 11 de la traducción del señor Tasin, el **abedul** –el árbol típicamente ruso y uno de los principales protagonistas del folclore eslavo– se transforma en una **acacia**: “El aroma de los pinos y de las acacias” y en original es: “el aroma a abedul y a pino”. Asimismo el **hurón** se convierte en la traducción española en una **zorra** (p. 9). Ahora bien, la más rara y misteriosa transformación, a nuestro entender, la sufren los **gitanos**, figuras muy importantes en el relato que jugaban un papel esencial en la vida cultural de Rusia de los finales del siglo XIX – principios del siglo XX, quedando convertidos, en el texto traducido, en enigmáticos **bohe-**

mios. Debido a la polisemia del vocablo bohemio en castellano, la elección del traductor nos parece muy poco oportuna. Aunque, según la RAE, “bohemio” significa gitano, puede denotar también checo de la región Bohemia o puede referirse a una persona desordenada y de costumbres libres. Asimismo el traductor inventa “fiebre tifoidea” (p. 23) de un niño aunque Andréiev habla de que los niños se ahogaban en los granos de trigo, lo que ocurría en la imaginación delirante de uno de los dementes.

Nicolás Tasin utiliza una serie de comodines entre los cuales se encuentran, por ejemplo, el adjetivo “**grave**” y el sustantivo “**árbol**”. En varias ocasiones el traductor se siente libre para traducir la **esquina** de un edificio como un “**árbol**” (p. 30 y ss.), llegando a la conclusión de que había un jardín al lado de la clínica, aunque el mismo autor, Andréiev, no deja ningún testimonio a propósito. El señor traductor también confunde los vocablos “**pista de hielo**” y “**estanque**”. Conocemos que los habitantes de la clínica, en invierno se dedicaban al cuidado de una pista de patinaje pero en ninguna ocasión Andréiev especifica si se trataba de un lago, un río o un estanque congelados. A lo largo de todo el texto el verbo “**besarse**” es traducido como “**abrazarse**”. Por otra parte, hay indicios de que el traductor no conocía la elemental gramática del idioma ruso. Por ejemplo, tradujo el apellido femenino ruso **Poliakova** declinado en el dativo (Poliakóvoi) como masculino: “¿Hay que darle bromuro a **Poliakov**?” (p. 55). Continuando con el examen de los fallos más graves de la traducción, debemos mencionar los siguientes: la palabra rusa “метрдотель” es de origen francés, significa encargado de la mesa en un hotel y evidentemente no significa “**dueño del hotel**”, como lo traduce Nicolás Tasin (p. 37). Este vocablo también se emplea en español con el mismo significado “jefe de comedor

en un restaurante” (el diccionario de la RAE) y es mejor dejarlo en la lengua de su origen *maître d’hôtel* como lo hace, por ejemplo Rafael Cansinos Assens (p. 661). El sustantivo ruso “диван”, de origen oriental, no equivale al vocablo “canapé” (p. 64) porque se refiere a un asiento con respaldo y tiene que ser traducido como sofá. Al referirse al enfermo que incesantemente intentaba abrir las puertas, es mejor utilizar el verbo golpear o dar golpes y no llamar. Tampoco es acertado traducir los *bliny* (блины) como pasteles.

La evidente falta de un conocimiento profundo del idioma ruso en la traducción del señor Nicolás Tasin se nota cuando, por ejemplo, traduce “tejado de **cinc**” (p. 47, p. 58) que en realidad es tejado hecho con hierro (compárese con la traducción de Rafael Cansinos Assens: “en la **férrea** techumbre”, p. 663). Parece que el traductor no se esfuerza mucho en entender el mensaje del autor del relato y se siente libre para corregirlo cuando le viene en gana. En la página 39 leemos: “en mil chispas multicolores, **rojas, verdes, amarillos**”, pero en original estas chispas son **rojas, azuladas, verdes**. En la traducción, unas mujeres pelirrojas se convierten en simples “mujeres rojas” (p. 49). En la pág. 59 Nicolás Tasin, traduciendo la frase “derramando sus lágrimas **heladas**”, capta el significado más general pero deja escapar todos los detalles y matices de la rica descripción de Andréiev, que en la traducción directa sería: “vertiendo avaramente sus últimas lágrimas de vieja” (en ruso: “Скучно плача последними старушечьими слезами...”)³. Desde luego, lagrimas “heladas” y “últimas lágrimas” no es lo mismo. Varios párrafos más adelante leemos: “Su cabecita **sana** temblaba; su rostro era tan pulcro en su **senilidad** como si se lavase diez veces al día cada arruguita” (p. 64). De nuevo la descripción de la traducción no tiene nada que ver con el original e incluso se contradice: “Su **seca** cabecita con el

pelo blanco, movíase débilmente, y su carita tenía tal **expresión de bondad** y relucía con tal pulcritud, cual si se lavase con todas sus arrugas diez días al día” (Cansinos Assens, p. 668). Por una parte, el traductor confundió los epítetos seco y sano y, por otra, sustituye la expresión de bondad en el rostro de la anciana por una “sana y pulcra expresión de senilidad”, que sin duda le parece mucho más adecuada. En la pág. 37, el traductor se equivoca y cambia el desarrollo de la trama, confundiendo el verbo irse con volver: “Y al **volver**, siempre encontraba en el pasillo a la enfermera, que le esperaba”, en original es “antes de **irse**”. Creemos que bastaría con la comparación de varios de estos párrafos para poner de manifiesto la poca coherencia, solidez y seriedad de la traducción en cuestión. En fin, la lista de faltas de esta traducción sería interminable. Como consecuencia del enojoso descuido del traductor y de la peligrosa negligencia que deja su sello en cada frase de la “nueva” traducción publicada por Acantilado, ante nuestros ojos se desvanece todo un maravilloso mundo de matices y sombras del maestro ruso. El escritor y el traductor Vladímir Nabókov⁴, en sus numerosas declaraciones acerca de los problemas fundamentales de la traducción literaria, señala que: “Un autor torturado y un lector engañado, ése es el resultado inevitable de la paráfrasis pseudoartística. El único fin y justificativo de la traducción es la transmisión de la información más exacta posible, y esto sólo se logra mediante una traducción literal, con notas”⁵. Y en su brillante artículo “El arte de la traducción” escribe que el mayor pecado de un traductor es pulir y alisar una obra maestra rebajándola a los gustos y prejuicios de los lectores poco educados⁶, que, como nos parece, es el caso de la traducción de Nicolás Tasin.

La pregunta que me gustaría dirigir a la editorial Acantilado es la siguiente: ¿para qué

reproducir malas traducciones con casi un siglo de antigüedad, cuyos errores y faltas constituyen un muro casi impenetrable (uno de los símbolos de Andreiev) entre la obra maestra y el lector de habla hispana? Nos queda añadir que esperamos que la próxima publicación sobre la obra de Andréiev, prometida por la editorial Acanalado (*La risa roja, Los siete ahorcados y Las tinieblas*), no corra la misma suerte que *Los espectros* y que dicha editorial se ocupe directamente de la calidad de la traducción para que el lector español también pueda deleitarse con la exquisita lengua del maestro del relato breve. Ahora bien, a los errores del traductor se añaden los fallos que comete la misma editorial. En la solapa del volumen están indicados incorrectamente los lugares de nacimiento y muerte de Andréiev (“Moscú, 1871 – Kuokkala, Finlandia, 1919”). Leonid Andréiev nació en Oriol, una pequeña ciudad al sur de Moscú, situada en la Rusia Central, y murió en su casa finlandesa en la aldea llamada Neivala, junto a Mustamiaki. En el relato *Los espectros* hay un trasfondo biográfico muy importante relacionado precisamente con su ciudad natal, con Oriol. Según los testimonios de los contemporáneos, en Oriol en la época de Andréiev había un restaurante llamado “Babilonia” y el doctor Shevyriov se parece a un famoso doctor del entorno del escritor⁷. También incorrectamente, se indica que el título original del relato en ruso (en

su transcripción al alfabeto latino) es “Éta prizraki” (p. 4), cuando lo correcto es “Prizraki”.

NOTAS

1. Aparte de Andreiev, Nicolás Tasin tradujo *El día del juicio* de V. Korolenko, también en Colección Austral, Buenos Aires (Espasa Calpe, 1953), asimismo la obra *Origen y evolución de la moral* de P. A Kropótkin (Buenos Aires: Américalee, 1945) y obras de Maximo Gorki, y de otros escritores.
2. Una de las obras de referencia es: *Historia de las literaturas eslavas*, coordinador: Fernando Presa González, Madrid. Cátedra, 1997; también puede ser consultado el siguiente trabajo: Julio Calonge Ruiz, *Transcripción del ruso al español*, Madrid: Gredos, 1969;
3. Comparamos la traducción con el original en la mejor, hasta este momento, edición de Andréiev en ruso: Andréiev, Leonid, *Sobranie sochineni v shesti tomaj*, Moscú: Judózhestvennaia literatura, 1990, tomo II, p. 94.
4. En su traducción del ruso al inglés de Eugenio Oneguín de Alexandr S. Pushkin, Nabokov opta por la fidelidad al original, que es, para él, uno de los sinónimos de la literalidad.
5. Nabókov, Vladímir, *Opiniones contundentes*, Madrid: Taurus, 1977, p. 76.
6. Vid.: Vladímir Nabókov, *Lekzii po russkoi literature: Chejov, Dostoievski, Gógol, Gorki, Toltói, Turguénev*, Moscú: Nezavisimaia gazeta, 1998, p. 389.
7. Vid.: Andréiev, Leonid, *Sobranie sochineni v shesti tomaj*, op. cit. p. 519.

MARÍA SHMÓNINA
Universidad de Granada